

## ***La irrepetible historia del increíble viaje "pa" Jordania***

Corría el mes de agosto del 2009, y un grupo de segovianos y madrileños decidieron viajar a Jordania junto al triplete formado por Josebe y Esther-Fabiola, profesores de Bailes de Salón -de Segovia y Madrid, respectivamente-. Nadie sabía la intensidad física y emocional de lo que iba a ser una semana de convivencia plena, disfrutando de los amigos, de las miles de carcajadas, de las situaciones imprevisibles, de las clases de baile, o del "megacansancio" y de la falta de sueño. Por delante teníamos numerosos retos para cada uno, y cada cual puso empeño en ayudar a los demás a superarlos: nos olvidamos de los despegues y aterrizajes, de los mareos, del no saber nadar, del dolor de pies y del vértigo, y nos dejamos llevar... Todos perdimos la noción del tiempo: no hubo ni lunes, ni martes... ni viernes... sólo amaneceres y atardeceres y ¿qué hacemos hoy? Ocho días increíbles junto a Gabry, nuestro amigo y guía egipcio, que todo el grupo ya guardamos en nuestro corazoncito.

*Gracias a todos por compartirlo con nosotros.*

*Josebe-Esther-Fabiola-Gabry*



***...Y los derviches nos esperaban en El Cairo***



Los nervios de las maletas..., ¿llevas el pasaporte?..., ¡yo llevo un sinfín de medicamentos...! Las primeras conversaciones de los segovianos tuvieron lugar en el autobús, camino del aeropuerto de Barajas, la mañana del 14 de agosto. Allí nos esperaba Fabiola y el grupo de Madrid. ¿¿¿Estamos todos???. Pues ¡¡¡"PA" JORDANIA!!!. El primer despegue, las primeras bromas... todo pintaba bien. En las primeras horas ya hubo chistes –decenas y estupendos-, antes de llegar a nuestro primer destino: la gran ciudad de El Cairo. Allí, ya de noche y en la salida del aeropuerto, dimos un enorme abrazo a *nuestro Gabry*, y se lo presentamos al grupo: ¡¡¡chicos, nuestro amigo y guía egipcio!!!

Él ya nos había preparado una sorpresa: el desplazamiento en autobús por el exultante y bullicioso Cairo nocturno –donde hubo hasta novias saludando en carretera- terminó en uno de los barcos anclados en el Nilo para degustar la cocina egipcia y ver en directo uno de los espectáculos rituales que mantiene su cultura, la danza rítmica y envolvente de los *derviches*, los hombres que giran y giran sobre sí mismos para elevar hasta lo más alto sus faldas multicolores. Los ojos y los oídos se nos llenaron de imágenes, aromas y sonidos egipcios, y desde allí, nos preparamos para pernoctar sólo tres horas. Jordania, y la primera visita, la ciudad de Jerash, nos esperaban al día siguiente.



***Jerash nos abrió sus puertas y Ammán nos refugió de la noche***

Madrugamos lo suficiente como para circular por El Cairo sin apenas tráfico: ¡increíble!, y tras un segundo despegue matutino, en tan sólo una hora llegamos a Ammán, la capital jordana. Nuevas sensaciones y colores desde el aire, y nuevas presentaciones: Aimán y Mohamed, serían nuestros guías en Jordania durante los cuatro próximos días. Ammán se nos presentó como una ciudad tranquila, apacible, toda blanca, extendida en una sucesión de pequeños edificios con tejados planos, salpicados a su vez por alguna mezquita. Una ruta panorámica en bus nos permitió ver la zona de las embajadas, el palacio real, los edificios institucionales, y los barrios repletos de gentes –hombres en su mayoría- en la cotidianidad de sus compras diarias.

La primera comida jordana nos sorprendió por la variedad de salsas y por aquellas mesas doradas y octogonales, que dieron cabida a platos de carne, verduras y pan de pita. Desde allí, a Jerash, para visitar los restos arqueológicos de esta ciudad grecorromana que nos dejó descubrir sus anfiteatros y carreras de caballos, sus paseos empedrados, sus cruces de caminos... Aprendimos a distinguir los primeros restos del mosaico jordano y fuimos espectadores de un espectáculo imprevisto e improvisado: las columnas localizadas en el punto más alto de la ciudad, bailaron para nosotros, ¿lo recordáis?



Tras la visita de Jerash, nos dirigimos al hotel. ¡Qué sorpresa! Fuimos testigos de la celebración de una boda jordana: los hombres y los niños, vestidos con traje occidental en su mayoría, disfrutaron de una cena y de sus danzas en la zona de la piscina; las mujeres, bellísimas, vestidas según la moda árabe, con un sinfín de formas en los pañuelos de sus cabezas, bailaron y comieron en otra sala junto a las niñas, reconocibles por sus vestidos "de princesa". Después de aquello, comenzó nuestra fiesta: baile de salón con cerveza y copas al estilo jordano –sin hielo- en uno de los salones del hotel. ¡Buenas noches!



### ***Flotando en el Mar Muerto, y ¿me das Barros, por favor?***



El tercer día fue muy intenso, sobre todo en experiencias. El calor de la mañana no nos permitió ver con claridad la ciudad de Jerusalén desde el Monte Nebo, lugar santo tanto para el mundo cristiano como para el mundo árabe, pero todos sentimos en nuestra piel la cercanía de la gran ciudad, amenazada por los desencuentros políticos actuales. Más tarde, visitamos la iglesia de San Jorge, que conserva mosaicos originales en su suelo, donde encendimos algunas velas y pedimos algunos deseos. Por último, en el trayecto hacia el

Mar Muerto, fuimos testigos del hacer artesanal de los mosaicos jordanos en una de las Escuelas Taller puestas en marcha gracias a apoyos institucionales como el de la princesa Rania de Jordania.

Al mediodía el calor se hizo más intenso. Tras descender desde una zona montañosa, sin apenas civilización, el Mar Muerto –que realmente es un lago- apareció ante nosotros intensamente azul, sin oleaje y rodeado por la piedra blanquecina que caracteriza al paisaje jordano. Allí, un descanso para comer y "atracar" literalmente una tienda de cosmética –cremas, jabones..- antes de llegar al hotel, un sueño hecho realidad. Nos desbordó por sus instalaciones: el lujo de las habitaciones, la infinidad de piscinas y por su gastronomía. Había que disfrutar al máximo de él, y sólo teníamos unas pocas horas. ¡Adelante!

Algunos nos perdimos en la bajada hacia el mar, debido a las distancias entre los edificios, pero el reencuentro fue genial: ¿y tú quién eres?... Cubiertos de Barros "hasta las cejas" posamos para las fotografías, disfrutamos en el agua sintiéndonos absolutamente ingravidos y reímos hasta no poder más. Al atardecer, bailamos una *rueda cubana* en la piscina y desde ella vimos descender el sol hasta ocultarse en el horizonte... Un ¡ohhhhh se oyó al unísono! Después, baño y conversaciones en otra piscina, ducha rápida, cena en mesas con diseño irregular y ¡clase de baile!. El chachachá resonó en el Mar Muerto. No obstante, ahí no acabó la noche: algunos decidimos pasear por la playa...nos tumbamos... y comenzaron los chistes y los monólogos. Reímos hasta la saciedad... regresamos a las habitaciones... y los menos, y sin esperarlo, hicimos una turné por el hotel en carritos –los conductores jordanos disfrutaron tanto como nosotros-.



## ***“Destape” en el bus, camino del desierto de Wadi Rum***

Al día siguiente y según el programa previsto, por delante tendríamos una mañana, a priori, muy tranquila: tras la visita a la fortaleza de Kerak, donde descubrimos los entresijos de sus dependencias y viajamos en el tiempo imaginando las batallas que allí tuvieron lugar, atravesaríamos una importante llanura desértica salpicada de montañas rocosas imposibles en sus relieves, antes de llegar al impresionante desierto de Wadi Rum. Sin embargo, no fue así. Tras escuchar atentamente las explicaciones de Aimán y Mohamed en la fortaleza y ya en ruta, un éxtasis compartido por ambos autobuses a través de los walkies, se apoderó de nuestras mentes y durante un par de horas vivimos una experiencia inédita: una sugerencia de Fabiola derivó en una competición de “destapes” sorprendentes –léase las partes traseras masculinas-, respondida con el *glamour* de cuatro bailarinas beduinas que hicieron las delicias de todos, incluidos los conductores y guías jordanos y egipcio. Los detalles, nos los guardamos en la memoria.



¡¡¡A comer!!! Al mediodía, y tras el atracón de carcajadas, llegamos a nuestro destino: el desierto de Wadi Rum. Unas tiendas beduinas para refugiarnos del sol y, ¡sorpresa!, ¡nuestra comida estaba bajo la arena ardiente! Tras destaparla, degustamos una deliciosa carne de cordero aromatizada con especias y sandía refrescante antes de iniciar la ruta en 4 x 4. ¿Preparados?, ¿listos?, ¡yaaaaaaaa! Después de bailar una *rueda cubana* en pleno desierto, nos repartimos en grupos de seis, rescatamos de las mochilas los vaporizadores de agua, nos cubrimos rostros y cabezas y ¡¡comenzó la aventura!! Nos adentramos en Wadi Rum a través de las dunas hasta que a nuestro alrededor sólo vimos desierto. ¡Qué cantidad de sensaciones!... El aire resbalando por nuestros cuerpos, las cambiantes ondulaciones de la arena, y un horizonte sin fronteras... Primera parada: ascendimos una pequeña montaña rocosa, hicimos la respectiva foto de grupo y los profes accedimos a la petición colectiva: *tres croquetas* se precipitaron ladera abajo... ¡qué libertad! Continuamos el camino y aprendimos a escuchar el silencio del desierto deslizándonos entre la sombra de las gargantas. Segunda parada: un té -por favor-, camellos y sus crías a nuestro alrededor y una foto junto a la mujer beduina de ojos profundos vestida de negro... Al subir al jeep, para salir del desierto, todos sentíamos una profunda paz.



Ya en carretera, y al caer el sol, el sueño se hizo con nosotros. Sólo nos quedaban unos pocos kilómetros antes de llegar a la ciudad de Petra, descendiendo por montañas iluminadas tan sólo por los restos de luz que irradiaban las escasas poblaciones. Pero el día aún no había concluido: ya en el hotel, tomamos una ducha reconfortante, bajamos a cenar, y nos diseminamos por los sillones para escuchar los mil y un comentarios de la jornada. La mayoría, agotados, decidieron acostarse y soñar con la visita a Petra del día siguiente; los menos, localizamos una haima con música en directo... al fondo escuchábamos un laúd y una voz solitaria, algunos compartían pipas de agua aromatizadas y otros, cómo no, sacaron de la chistera un repertorio infinito de anécdotas y chistes... Nos fuimos a dormir un poco más alegres.

## ***Quiero volver a Petra y subir de nuevo al monasterio***



Un sueño hecho realidad y cumplido con creces: la visita a Petra nos fascinó a todos, y cada uno compartió con los demás la emoción del ascenso al monasterio hasta llegar al punto más alto... donde las montañas tocan el cielo y los dioses velan por quienes lo alcanzan. Petra no sólo fue un reto físico, también fue un viaje hacia el interior de uno mismo para poder comprender la grandiosidad de las antiguas civilizaciones: la fotografía con la bandera jordana y el monasterio al fondo, que muchos guardamos en nuestras cámaras, nos aporta ahora, al contemplarla de nuevo, un motivo de inmensa felicidad.

El primer tramo de acceso a Petra lo hicimos andando por caminos ligeramente descendentes, aunque algunos decidieron hacerlo en caballo y en calesa. Tras ochocientos metros, el grupo se internó en el desfiladero, serpenteante y misterioso, además de sorprendente por la amalgama de colores tierra que cubrían nuestras cabezas. Mil y un detalles: rocas con formas de animal, un sistema de canalización del agua y un lugar destinado a celebrar bodas por el rito nabateo... que también tuvimos, y que protagonizaron dos componentes del grupo: ¡¡¡un velo para la novia, dos manos cogidas y petición de mil camellos de dote por la novia aceptada por el novio!!! –un sinfín de risas y un rito más para ellos-.

Después, la gran sorpresa: Aimán y Mohamed supieron despistarnos, ¡¡¡y la Fachada del Tesoro apareció a nuestras espaldas!!! Hermosa, indescriptible...cientos de clicks en las cámaras... nervios... foto de grupo... beduinos y calesas... turistas y más turistas, pero ¡¡¡ohhhhhh!!!, ¡¡¡por fin estamos aquí!!!. A partir de este instante, el resto del día se convirtió en un continuo descubrimiento: fachadas y más fachadas esculpidas en la piedras, ventanas y puertas para acceder a pequeñas estancias, restos grecorromanos de plazas y edificaciones y más de setecientos escalones de piedra, minúsculos e inmensos a la vez, haciéndonos sentir grandes y pequeños al mismo tiempo... Maravilloso, es poco.



De regreso al hotel, impactados aún por la experiencia vivida, por la tarde hubo tiempo para piscina o baño turco... y después de la cena, cómo no, para una clase de baile. ¿Queréis más? ¡Sólo hay que pedir por esa boquita! A pesar el cansancio, de piernas y espaldas doloridas, nos quedó tiempo para la reunión en el lugar concertado –la tienda beduina-... ¡¡¡genial!!!, incluso Gabry nos contó chistes sobre árabes... ¡Cuánto le queremos!.

## ***Infinidad de corales bajo nuestros pies en el Mar Rojo***



Despedida de nuestros guías jordanos..., de Jordania a Egipto en avión, y et voilà!, aparecimos en Sharm el Sheik, el destino egipcio con más lujo para hacer snorkel en el Mar Rojo. La primera sorpresa fue mayúscula: al alojarnos, el grupo de españoles casi al completo ocupó la totalidad de habitaciones de lo que bautizamos como *¡la corrala!*. Fue una fiesta continua: vecinos ataviados con alboroz, vecinas pidiendo orden en la comunidad, presidentes robando maletas y un griterío *a la española* antes de irnos a cenar. Nos esperaban delicias egipcias en forma de ensaladas, carnes, pescados y dulces. Después un paseo por las tiendas para comprar las gafas de buceo... ¡qué espectáculo, señores, regateando y probándonos las gafas y los tubos! Una última cerveza en la discoteca, y ¡a dormir!, que al día siguiente nos íbamos a zambullir en otra aventura irrepetible.

Repartidos de nuevo en dos barcos, y con la comunicación garantizada a través de los walkies, el Mar Rojo nos regaló la transparencia de sus aguas y unos paisajes bellísimos. Al adentrarnos en sus aguas en busca de las zonas de inmersión, surcamos el mar tomando fotografías más que singulares: poses de baile con la profe, megatubos caseros, melenas al viento y ¡mete tripa, por favor! Una vez en el lugar adecuado, ¡¡¡al agua patos!!!, con chalecos, gafas, tubos y aletas...¡¡¡Aaaaahhhhhh!!! Una vez adaptados al equipo, los grupos comenzaron a desplazarse al unísono: la luz del sol alcanzando las laderas repletas de corales nos permitió ver el mundo marino en su plenitud; nos sentimos como Cousteau, en un documental en directo, como delfines felices buscando peces de colores, rayas, corales...



Nadie se perdió la experiencia: agarramos los salvavidas, les prestamos nuestros chalecos, rodeamos a nuestras *sirenas* para que se sintieran protegidas, y ¡a disfrutar del fondo marino! Comida a bordo, canciones y *balloteos* en ambos barcos y rumbo a nuestro hotel. La tarde nos trajo algo de descanso en la playa y en la piscina, y ¡a cenar! Nos quedaban unas pocas horas por delante...A las 22,30 iniciamos el recorrido: la mayoría en un autobús grande, unos pocos, en el microbús *más cómodo del mundo*, -¿verdad?, que se lo pregunten a vuestras espaldas-

### ***Todos a una, ruta nocturna para ascender al Monte Sinaí***

Agotados y somnolientos, después de tres horas, llegamos a los pies del monasterio de Santa Catalina: eran las 2,30 de la madrugada y allí comenzó la aventura más emotiva para muchos de este viaje... el ascenso al Monte Sinaí, el lugar donde Moisés recibió las tablas de la ley. Linternas en mano y mochilas a la espalda llenas de prendas de abrigo, chocolatinas, frutos secos y agua; éramos todos a una,



con una alegría inmensa y enormes ganas por cumplir nuestro fin, ver amanecer en la cima. El camino, muy pedregoso, ascendía en forma de zig-zag, y los beduinos nos ofrecieron constantemente la ayuda de los camellos. Adelante, adelante... ¿Qué tal vais *campeonas*? Nuestras tres queridas *abuelas* subían flanqueadas por todo el grupo, y Gabry se quedó con ellas en un lugar bastante elevado, -para todos lo consiguieron moralmente, aunque no ascendieran el último tramo de escalones de piedra-. En este último trecho, cada cual luchó contra el cansancio y el dolor de piernas, unos ayudaron a otros y ¡¡¡por fin!!!,

¡a las 4:45 h.!, y con escasos minutos ganados al tiempo, el grupo vio amanecer en la cima, donde unos cuantos ortodoxos de Europa del este entonaron unas bellísimas melodías en forma de oraciones. Paz interior, ojos extasiados y sonrisas..., el mundo -sin fronteras, sin civilización- a nuestros pies.

La bajada se prolongó hasta las 7:30 de la mañana. Sólo el grupo de Fabiola lo tuvo más complicado: confundieron una de las indicaciones y descendieron un importante tramo; Josebe, atento con los walkies, bajó en su búsqueda y regresaron al camino, aunque tardaron algo más en llegar al punto de encuentro, el monasterio de Santa Catalina. Medio dormidos, desayunamos a la espera de la visita concertada: a las 11 de la mañana, y a pesar de los esfuerzos de Gabry por explicarnos mil detalles, el sueño se hizo presente en nuestros rostros y cuerpos, por lo que el regreso al hotel fue el más silencioso de todos los recorridos.



El viaje tocaba a su fin: mar y piscina, cena y discoteca, y de nuevo a madrugar para volar hacia El Cairo y desde allí a Madrid. En el Cairo dejamos a Gabry, con cientos de besos enviados por el aire y lágrimas en los ojos..., aunque ya en Madrid, quien más lloró fue Fabiola, y nunca, la habíamos visto tan feliz. Un paseillo... aplausos... lágrimas... y lágrimas... ¡¡¡buuuuuuu!!!, ¡¡¡pá casa!!!.

PARA VER TODAS LAS FOTOS DEL VIAJE A JORDANIA [PINCHA AQUÍ](#)